

CUADERNOS DE HISTORIA 15

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1995



ALMA Y UTOPIA: SANTIAGO COLONIAL

Rolando Mellafe Rojas

Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

La conquista de América fue en gran medida una confrontación de técnicas de ocupación y retenciones territoriales, de conjuntos complejos de formas materiales, de creencias e ideas que eran parte de distintas culturas que chocaban estrepitosamente. En aquel complejo marco, los españoles tuvieron a su haber un elemento único y de vital valor: la ciudad, o mejor dicho quizás, el principio de lo urbano, puesto que la ciudad también existía en algunas culturas autóctonas, pero despojada de la intencionalidad de invasión y dominio.

Lo urbano como arma infalible de los conquistadores, ayudó en la penetración de una nueva y única religión, de otra estructura social, de diferentes formas de vida material, de distintas costumbres y creencias. Fue siempre el foco hirviente de los rápidos cambios, de las esperanzas y de las decisiones; el gran mercado del intercambio cultural, la fábrica de lo mestizo que se sobrepondrá sobre lo autóctono, para llegar a ser, a fin de cuentas, lo nuevamente autóctono. Por ello no es posible equívoco alguno respecto a lo que es la ciudad en aquellos siglos. Alonso González de Nájera, el penetrante autor de *Desengaño y reparo de las guerras de Chile* dice, un poco de paso y con cierta sorna, que Santiago de principios del siglo XVII no es más que un conjunto de casas de barro con techos de paja, pero no pone en duda que es una ciudad y muy importante. Es que para descubrir, o definir, una ciudad en el

espacio casi infinito de América, basta con trazar líneas imaginarias y convergentes, que representen una el poder político, otra el económico en todas sus formas, otra las más valiosas manifestaciones culturales y los intercambios de esta misma índole, y así sucesivamente. Todas se juntarán en un punto y allí existirá una ciudad, sea ésta de fastuosas pretensiones, como Lima, o un caserío relativamente modesto, como lo fue en sus primeras décadas Santiago.

Aquel engendro de la cultura occidental, punto minúsculo del fragoso continente, podía estar igualmente perdido en la tormenta verde del trópico, en la rugosa superficie despojada de la alta sierra o, como en el caso de Santiago, entre amables y suaves verdores. No era solo un engañoso aviso para atraer pobladores lo que Pedro de Valdivia escribía a Carlos V, al anunciar la fundación de Santiago en una región que describía en los siguientes términos: “porque esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles, que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es importuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio dellas, y las minas riquísimas de oro...”

Por aquella singular característica del espíritu de la ciudad hispanoamericana es que todas las etnias que comenzaban a formar la sociedad del Nuevo Mundo convenían que por minúscula que fuera ésta era cuestión distinta de la vastedad rural. No podemos dejar de encontrarle una buena dosis de razón a aquel negro esclavo que, al ser interrogado antes de ser castigado por bigamo, con simpleza y sinceridad declaró su convencimiento de que el matrimonio en el campo era distinto al de la ciudad.

No hay que creer, sin embargo, que el espíritu urbano de la cultura hispana actuó en la misma forma y produjo los mismos resultados en todas partes. Hubo diferencias ecológicas, étnico-culturales de los diversos actores, en fin, situaciones históricas distintas. No menos importante dentro de todo ello, fue un alto grado de utopía matizado en desiguales medidas, con ciclos heroicos, ráfagas místicas, terrores colectivos, que se empinaban desde arrebatados momentos de sacrificios y contricciones hasta inequívocos raptos de pasiones mundanas. Mirando el asunto para el caso de Santiago, en una perspectiva histórica de larga duración -dos siglos y medio- la primera visión es confusa, todo parece estar presente, trenzado y con una misma intensidad. Pensando más cuidadosamente es posible distinguir épocas sobrecargadas de visos diferentes, en que los imaginarios colectivos ocupan sectores distintos dentro de los mundos reales e irreales de la época. En que estos sectores se identifican o reflejan en los barrios, o bien con el alma que emana y define de una manera sutil pero clara a toda la ciudad.

Santiago del Nuevo Extremo, del Reino de Chile, como otras ciudades

fundadas en el Nuevo Mundo, comienza su existencia con un definido ciclo heroico, mezclado con rasgos mágico-religiosos. La primera batalla, y el primer milagro ocurren antes que se funde la ciudad, cuando los hispanos examinaban el ancho valle donde se edificaría, cuando se hacían las primeras mediciones, echando cordel para ubicar la plaza central y sus calles de contorno. Cayeron entonces sobre ellos veinte mil guerreros, que estuvieron a punto de expulsar a los fundadores, a no ser que de pronto, y sin aparente razón, los que podrían haber vencido huyeran y se dispersaran. Pedro de Valdivia, interroga en aquella ocasión a algunos indios, que habían sido tomados prisioneros, sobre el curioso suceso y ellos “respondieron-según recuerda el cronista Pedro Mariño de Lovera - que estando en su mayor coraje y certidumbre de su victoria, vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco con la espada en la mano desenvainada, amenazando al bando índico, y haciendo tan grande estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados y despavoridos; dejando caer las armas de las manos no fueron señores de sí, ni tuvieron sentido para otra cosa más de dar a huir desatinados sin ver por donde, por haber visto cosa llamada en su lengua pesimando, que quiere decir nunca vista...”

Fue sólo el comienzo. Desde luego la presencia del apóstol Santiago en tan peligroso trance, determinó el nombre de la ciudad, por lo demás el capitán de la hueste conquistadora, Pedro de Valdivia, se había encomendado al mismo apóstol al partir desde territorios del Virreinato a la conquista de Chile: ¡ Empeñado estaba ya el apóstol! La ciudad se fundó el 12 de febrero de 1541, cuando a los pocos meses, el 11 de septiembre del mismo año, en circunstancias que apenas se habían trazado las calles y edificado unas cuantas casas, dieron sobre ella nuevos escuadrones de indígenas alzados, aprovechando que Valdivia y muchos de los españoles cabalgaban lejos de la fundación. Volvió Santiago apóstol a mezclarse en la batalla, dejando a los indios abatidos por su acción y por aquel extraño resplandor, brillante y cegador, que de su imagen se difundía, por lo cual los yanacunas y mitimaes peruanos que poblaban parcialmente el lugar - donde unos habían actuado en contra y otros a favor de los conquistadores - comenzaron a hablar del Wiracocha Santiago.

Pero hubo aún más, “demás de esto venían publicando que cuando la re-friega estaba en el mayor furor, había salido de la ciudad una señora que les echaba tierra en los ojos cegándolos, de suerte que no veían a los cristianos obligándolos a volver las espaldas, sin ver en que lugar ponían los pies, ni saber si estaban en cielo o tierra”. Las palabras de Mariño de Lovera no pueden ser más claras, también intervenía la Virgen María y con ello, desde ese momento al futuro, como si nunca más se hubiere tenido certeza de estar “en cielo o tierra”, se siguió confundiendo lo real con lo irreal.

Hay que entender, sin embargo, que para aquellos conquistadores y primeros pobladores de Santiago la intervención celestial tenía muchas ataduras con ciertas formas de pensamiento lógico. La juricidad, a través de una de sus expresiones, “la probanza”, era una de estas formas. Los mismos indios

probarían que el apóstol Santiago y la Virgen habían participado en la batalla de la ciudad. Se juntó entonces a los indios prisioneros que parecían más juiciosos y se les indicó a los más distinguidos conquistadores que habían tomado parte en la batalla, preguntándoseles luego si alguno de ellos podría haber sido aquel luminoso caballero del caballo blanco. Luego se hizo lo mismo con relación a la Virgen, mostrándoles, a los indios, a la más airosa señora española que en esos momentos vivía en la recién fundada ciudad, doña Inés Suárez - por lo demás la única llegada al reino hasta esa fecha -. En ambos casos los indios se sonrieron como burlándose, diciendo que el señor era mucho más apuesto y notable que todos los demás juntos, y que la dama sobrepasaba en señorío y distinción a la valiente doña Inés.

La probanza había sido contundente y llevada con toda la ritualidad jurídica de la época, no quedaba duda que el apóstol Santiago y la Virgen María, curiosa pareja, habían tomado parte en el combate. La presencia de la Virgen originó un primer y temprano oratorio, en un lugar donde luego los padres franciscanos levantaron su más grande y primer convento, que sería, en el futuro, hito importante en la ciudad.

La unión de una historia fundacional y bélica, con otra no factual de origen divino, esta repetida en todos los cronistas vernáculos que se refirieron a la fundación de Santiago. El que nosotros hemos seguido, Pedro Mariño de Lovera, es sin embargo, el único que conjetura una explicación a la posible no factualidad de la aparición. A pesar de la probanza, él queda en duda y se pregunta si los indios que fueron interrogados no estarían ya influenciados por la prédica de los primeros doctrineros como para que su imaginación no hiciera calzar a alguna deidad cristiana con las humanas y efímeras figuras de la hueste fundadora. Sea como fuere, los planos mentales de lo real e irreal, de lo terrestre y lo celestial, tanto entre españoles como indios, estaban ya suficientemente imbricados en los primeros años de la ciudad de Santiago. No podía ser de otro modo, es una característica de la mentalidad de la época.

Aunque Santiago no tuvo otros asaltos indígenas su espíritu heroico, bélico y militar siguió siéndole distintivo: era la capital de un reino de frontera. La guerra, en el siglo XVI, se perpetuó más al sur, pero cada fin de primavera en Santiago se preparaba el gran ejército señorial que iría a combatir durante el verano a los indios rebelados del sur. Entonces la plaza central o de Armas con la Casa de Gobierno, la Iglesia, el Cabildo y las manzanas y solares que constituían el barrio más antiguo y principal, se llenaban de aprestos bélicos, de soldados con relucientes armas, pequeñas mesnadas que asistían a una solemne misa antes de partir. De los otros barrios y rincones de la ciudad llegaban los soldados reemplazantes, los que iban por paga, los indios y mestizos amigos, muchos de ellos con mercaderías, con mujeres y familias enteras, incluso con esclavos negros e indios, un numeroso "servicio" que iría quedando como un reguero humano en las haciendas y ciudades del sur.

La vuelta del ejército, al fin del verano o del mes de marzo, no era menos espectacular. Entraban por La Cañada y llegaban hasta la misma Plaza de

Armas, donde esperaban el Obispo, los Cabildantes, los Oficiales Reales y otras autoridades. Pero la delgada y larga línea de soldados se iba desgajando y muchos *allegados*, *reemplazantes* y *amigos* seguían a otros barrios con los *indios encoyerados*, que habían cogido prisioneros en la guerra, algunos ya pagados con antelación y otros que serían vendidos en los días siguientes. Eran éstos especialmente apetecidos por los hacendados y mineros de regiones del norte de Santiago, muchos de los cuales habían participado de la hueste, ya que los del sur se habían abastecido de mercadería humana saliéndole al paso al propio ejército. Nadie, si en la época se lo hubiera propuesto, podría haber inventado un mecanismo más apropiado para el mestizaje que este ir y venir de españoles, mestizos, negros e indios, este barrido de población que borró todo intento de mantener pueblos de indios, encomiendas intactas y las utópicas políticas de preservar las purezas étnicas.

Antes de adentrarnos en materia de utopías, recordemos que el espíritu bélico militar nunca desapareció de Santiago. Cuando, a principios del siglo XVII, se crea una línea de fuertes y un ejército estatal para combatir a los indios rebeldes del sur, el *real situado* o fondos para financiar la guerra así como los refuerzos y pertrechos, seguían llegando a la capital, que junto a todos los símbolos del pasado y la milicia mantenían un alto contingente militar. Cuando a fines del siglo XVII, Santiago sólo tenía unos quinientos vecinos españoles y las otras castas y etnias sumaban unas veinte mil personas, se mantenía en la ciudad una guarnición de alrededor de ochocientos soldados de todas las castas. Este número bajó posteriormente, casi peligrosamente, a tal punto que el gobernador Manuel Amat y la Real Audiencia escribían al Rey a mediados del siglo XVIII que, "siendo el vulgo de Santiago tan numeroso que a excepción de la capital de Lima a todas las demás excede, con la propia diversidad de varias castas...", era indispensable fundar una compañía de dragones para sujetar los desmanes de la *plebe*.

Todos los testimonios de la época concuerdan en que a los mestizos blancos les atraía sobremanera el ejercicio de las armas y la guerra. Las castas de mulatos y zambos, en cambio, la resistían un poco, en parte porque la formación de milicias especiales para ellos la veían como un modo indirecto de transformarlos en *pecheros*, lo que junto con la idea de disminuir el vagabundaje y la ociosidad era, en efecto, la intención gubernamental. Las tardes de los sábados y domingos se ocupaban en ejercicios militares, usando parte de los terrenos que el Cabildo había dejado para dehesas, al pie cordillerano nororiental de la ciudad, que ya estaba parcialmente ocupado, en el siglo XVIII, por rancherías surgidas en forma espontánea y desordenadamente, viviendas de castas de color más que de indios. Incontables fueron también las oportunidades en que toda esta gente belicosa se juntó presurosa en sus cuarteles, ante el ruido de cajas y trompetas por el anuncio de la llegada de corsarios a las playas de la costa central del país, y no siempre el desembarco de éstos fue imagen fantasmal. El espíritu guerrero y combativo se mantuvo de otras muchas maneras, largas de

referir aquí, pero sin interrupciones importantes, hasta el momento mismo de las Guerras de la Independencia.

Como el escenario de la guerra estaba unos cientos de leguas más al sur, la violencia en Santiago encontró modos de ritualidad que reflejan las tendencias agresivas de los diversos grupos que componían su sociedad. En los barrios populares y lugares aledaños, indios y zambos jugaban a la chueca - o burría como la llamaban los españoles - y también a las *pedreras*, que eran simples guerrillas o pedradas de dos bandos; en ambos casos, generalmente los quebrados y descalabrados eran más que los jugadores. Pero a ello, y agregando ya a mulatos, criollos y españoles, habría que sumar las peleas de gallos, las carreras de caballos que se combinaban con las peligrosas modalidades de la *alcancía* y el *pato*: la primera provocaba quemaduras a caballos y jinetes, la segunda el descuartizamiento de aves, fuera de apaleos y estocadas con que se disminuían algunas ventajas mal o bien conseguidas. En fin, las *tablas de rueda*, las corridas de toro a campo abierto e incluso los juegos de bolo, sabían desatar inusitadas violencias que la constante pero no siempre presente guerra podían absorber.

Decíamos que todo se cimentaba sobre un mundo mental en que se confundía lo real y lo irreal, lo natural y lo sobrenatural y todo ello aún, sobre un suelo utópico. Santiago era pura utopía, tanto que hasta generaba y renovaba sus propias utopías. La utopía comenzó con aquel trazado a *cordel y regla* de la planta central y básica de la ciudad, un damero que en la realidad no debió ser más de 16 manzanas, pero que posteriormente se dibujó, se pensó y también con el tiempo se extendió a 42 y finalmente a 126 manzanas. Esta cuadrícula primigenia en verdad no fue cuadrada sino más bien formaba una suerte de enorme trapecio, donde las manzanas de sus extremos tampoco eran cuadradas y las medidas de las calles tampoco iguales ni mucho menos rectas. Si esto ocurría en su perímetro fundacional peor, casi podríamos decir contrahechos, eran los barrios y callejuelas que los años y el crecimiento de la población fueron agregando por todas partes.

Pero por allí comienza a correr la ficción, los contemporáneos que pusieron Santiago en planos, como el padre Alonso de Ovalle o el viajero Amado Francisco Frazier, lo hacen todo perfectamente cuadrado y regular. Aquellos que dibujan la ciudad en su primera época - como Guamán Poma de Ayala -, antes del terremoto de 1647, la presentan atiborrada de altos edificios y muros, con templos que parecen fortalezas, en un apretado conjunto urbano alto y macizo que nunca existió, pero que cuadra bien con su calidad de ciudad heroica, capital de frontera. Lo utópico adquiere en esto ribetes de necesario, ya que lo que se persigue con una fuerte monumentalidad, repartida en una armónica relación espacial de damero, es seguridad emocional, una relación acorde con una mentalidad que toca a extremos, equilibrada entre el mundo interno y externo, entre lo terrenal y lo extraterrenal.

Santiago creció poco en el siglo XVI, el fin de la centuria la sorprendió con retazos de solares sin construir casi en medio de su núcleo central, a metros de la Plaza de Armas. Fue la lejana guerra austral - aquel "Flandes Indiano"-

la que nuevamente golpeó su destino. En efecto, la gran sublevación mapuche de 1598 cortó al largo reino de Chile en dos, volviendo la parte más austral, la más poblada, a quedar en manos indígenas, con ciudades y fuertes destruidos. Los espacios habitados se redujeron. Españoles, negros, indios de paz, mestizos, y castas se refugiaron en Santiago, también los socorros enviados para aplacar a las sublevaciones y así la ciudad comienza un súbito crecimiento.

Naturalmente, la capital del Reino al crecer se hizo compleja, pero mucho más de lo que podría creerse después de una primera mirada; se intrincó su planta física al tiempo que el manto humano que la cubrió.

En nuestros días podemos conceptualizar el vocablo barrio para distinguir secciones características y de algún modo distintas de una ciudad. Por aquellos años, sin embargo, se usó caprichosamente, ya para designar a la esquina encontrada a la del Convento Teatino, ya para recordar el zaguán de un hidalgo acuchillado por un marido celoso, ya para, en fin, caracterizar a la cuadra en que se encontraba la Casa de Recogidas. Tenemos que olvidar pues lo que en aquella época se denominó barrio y buscarle otro contenido a la palabra. Lo más apropiado parece ser el distrito parroquial, haciendo la salvedad de que éste no necesariamente es uniforme, en cuanto a status económico y social de sus habitantes, valor de la tierra y propiedad, etc.

Nuestros barrios, así concebidos, se distribuyen de una manera que en algo se asemejan - guardando varios cuidados y distancias -, a los anillos concéntricos de una ciudad moderna. Cosa curiosa es que al principio del primer crecimiento urbano de Santiago, digamos comienzos del siglo XVII, la ciudad era un mozaico étnico-cultural y una babel de lenguas pero ya a fines del siglo siguiente aparece bastante homogeneizada, por lo menos en este punto. La ciudad todo lo aplanó e igualó.

Los anillos imaginarios suponen, en nuestro caso, por lo menos tres niveles u horizontes básicos, que están contenidos en algún distrito parroquial determinado. La parroquia más antigua y de mayor alcurnia fue la del Sagrario, ubicada en la cuadrícula central de la ciudad, en la Plaza de Armas, en la vecindad de la cual vivían y ejercían su poder las más altas autoridades políticas, judiciales y económicas; allí estaba el centro del poder en todo sentido.

Venía luego, al poniente del anterior, el distrito de la parroquia de Santa Ana, que se internaba por su lado oeste entre largas chacras y viñas. Sólo el año 1775, al erigirse el curato de San Lázaro, se le quitó territorio y población, especialmente en su ámbito sur, quizás su parte poblada con gente más modesta y también más rural.

Cerraba el primer anillo urbano, en torno al Sagrario, en la parte este de la ciudad, la parroquia de San Isidro, que se había fundado como viceparroquia el año 1698. Era ésta francamente popular, con clientela mestiza y de todo tipo de castas. Vio nacer los primeros hacinamientos de ranchos y chozas en terrenos adyacentes a un antiguo convento, sufrió tomas de sitios y muchas veces soportó la furia de un populacho levantisco y advenedizo que crecía

constantemente ya que, fuera del trajín de muchos arrieros, atravesaba por allí una arteria de entrada que venía de otros pueblos cercanos, de lugares cordilleranos y aún de lejanos valles agrícolas conectados con transcordillera. Al sur de La Cañada, entre dos caminos de salida de San Isidro, estaba el barrio de la Ollería, cuyo sólo nombre evoca viejos artesanos indios, pero también negros, mulatos y zambos, que ganaban sus azarosas existencias fabricando toda clase de tinajas y escudillas de greda, a algunas de las cuales con un poco de buena voluntad, de cocido y colorantes, se les llegó a llamar loza y a exportar en moderadas cantidades fuera del Reino.

Existía aún, lo que con algo de imaginación podría ser un tercer y final anillo, un tanto irregular y por esos años no necesariamente conectado directamente con los anteriores. En términos de distritos parroquiales diríamos que una primera conurbación del siglo XIX los transformó en barrios de Santiago. Persiguiendo el camino que cortaba el ya mencionado distrito de la parroquia de San Isidro, no muy lejos, atravesando chacras, sembradíos y plantaciones de frutales, se llegaba al pueblito de Ñuñoa. Antiguo lugar de indios, desaparecidos por el transplante a las haciendas de sus encomenderos - igual que otros cercanos como Macul y Apoquindo-, que hoy son barrios de la ciudad moderna. Ñuñoa tenía parroquia en el siglo XVIII, era habitación de mestizos y castas, con unos pocos indios afuerinos, servía también como parapeto y freno a una constante migración rural de regiones sureñas y norteñas, que siempre se descolgaban a Santiago viniendo por los faldeos cordilleranos. Igual o quizás más que San Isidro, cumplía funciones artesanales, fabricándose allí gran parte de las piezas necesarias a la construcción de casas de la capital: puertas, ventanas y vigas labradas, tejas, quincalletería, etc.

Al norte de la ciudad, a tanta distancia como Ñuñoa, y quizás un poco más, había otro pueblo de indios - que en el siglo XVIII era casi totalmente mestizo - con una parroquia, llamada Renca. Esta hacía las veces de frente de contención a los migrantes que venían de haciendas y villas de valles nortinos, aunque a diferencia de Ñuñoa fue totalmente agrícola. Parte del ámbito territorial de la parroquia de Renca era suburbana de Santiago, ya que caía en su distrito una de sus secciones más pintorescas: La Chimba. Esta se ofrecía al visitante como su barrio más norteño, inmediatamente después de cruzar el río Mapocho. Con intrincadas y retorcidas callejuelas tapizadas de ranchos que acusaban diferentes identidades culturales de sus constructores, pequeñas chacras y quintas de producción frutal. Había allí lugares de diversión y de juegos, canchas de bolos, chinganas y reñideros de gallos, a donde muy difícilmente llegaba la preocupación de la justicia y las regulaciones del gobernador y del Cabildo. También se encontraban artesanías de diferente índole, aunque su principal destino era agrícola; servía además, de dormitorio a una buena parte de la población de servicio de la ciudad.

La Chimba fue la única sección de la capital a la que siempre se le consideró un apéndice del núcleo primigenio y central de la ciudad. A mediados del siglo XVIII se le llamaba *barrio de la ciudad de Santiago*, cargándola de un

significado parecido al que la designación de barrio tendría hoy. Su evolución es interesante, pues denota, desde su origen, la intención de segregar a la población indígena de servicio del núcleo central de la ciudad. Se creó, en efecto, casi al tiempo de la fundación de Santiago, aprovechando el espacio de un pueblo de indios que fue transplantado y diezmado por efecto de la misma fundación y de la sublevación que le sobrevino. Fueron a parar allí una multitud de *indios amigos*, *yanaconas incásicos* que acompañaban a los conquistadores y, posteriormente, multitud de indios *huarpes* que los encomenderos de Cuyo enviaban a la ciudad para ser alquilados por los empresarios que requiriesen mano de obra. Incluso, a fines del siglo XVI, existía allí un cementerio para estos indios y, el padre Luis de Valdivia, recorriendo las calles de La Chimba pudo completar su *Vocabulario de la lengua Alentiac*, que ciertamente nunca se habló antes de la Conquista, en la zona central de Chile.

El barrio popular por excelencia de Santiago, comienza así configurando una curiosa amalgama, que sería trasfondo cultural del principio urbano en la conquista. Fuera del castellano, los indígenas hablaban allí las lenguas Quechuas, Alentiac y Mapuche. Pero como si esto fuera poco, cuando comenzaron a entrar cantidades relativamente apreciables de esclavos al Reino, - negros bozales que sólo hablaban sus lenguas - se mandaban a La Chimba, como al Cercado en Lima. De modo que mientras adquirían amos y se repartían por diferentes provincias, se sumaban a la Babel de La Chimba seis o siete leguas africanas. Todo ello, a la larga, favorecía al Español como lengua base, ya que si un negro quería entenderse con un indio huarpe lo obvio era que lo intentara en este idioma que, por último, era el idioma de quienes tenían el poder. Este, junto con otros mecanismos ya esbozados, hizo que el barrio de que hablamos fuese, ya comenzando el siglo de las luces, típicamente mestizo, cargado de toda clase de castas.

La existencia de un barrio como La Chimba, destinado a la *República de los indios*, tenía, inevitablemente, mucho de segregación y desde luego de utópico. Pero si hemos de retomar el tema de lo utópico, éste se nos escapa como categoría de secuencia causal para anidarse en la complejidad de las mentalidades y de la razón de ser. Ubicado el problema en la trama social de Santiago en su existencia colonial, se expresa del modo siguiente. La Chimba, como todas las otras secciones populares que tenían funciones de servicio, no amparaban a todo *el servicio* de las familias poderosas que moraban en el núcleo central de la ciudad. De modo que aquellos anillos imaginarios de que hablábamos fueron reales en cuanto a las funciones económicas que aquellos sectores cumplían y a un cierto tono dominante de carácter étnico-social de su población. No queda, sin embargo, totalmente dilucidado el problema, sin aclarar la constitución y el espíritu de la casa señorial.

En los distritos parroquiales, que hemos mencionado, pero especialmente en el central, las casas mejor construidas, más caras y más grandes, pertenecían a miembros de la elite española y criolla de la ciudad. Hombres y mujeres, ricos y poderosos, eran allí jefes de familias muy numerosas y complejas,

formadas normalmente por varias familias nucleares y más de una extensiva. El promedio del número de habitantes por casa se mantuvo también a través de los años en alrededor de 22 personas, existiendo algunas con más de cincuenta. En estas casas señoriales no todos eran parientes, pues sus habitantes incluían allegados, huérfanos, sirvientes indios, mestizos y de castas de todos los colores, para terminar en uno o varios negros puros, muchas veces casados.

La conquista, la guerra de Arauco y los servicios que los descendientes de los conquistadores necesitaban, reforzaron este tipo de familia social frondosa. Quien mandaba esta familia era el jefe del núcleo de reproducción, que no siempre era hombre ya que en la época abundaron las voluntariosas viudas. Desde este Ego se desprende, verticalmente, una larga conexión de dependencia señorial - basada más en la protección, adhesión y servicios recíprocos que en salarios - que iba desde señor a esclavo. Sin perder su dirección vertical de conexión, conllevaba vínculos horizontales a distintos niveles, al incluir parientes, compadrazgos y clientelas, que no necesariamente vivían en la casa señorial. Si estos eran de criollos y españoles pobres habitarán, por ejemplo, en San Isidro, si de servicio en La Chimba.

La casa señorial era pues una pequeña multitud y por ello cuando cinco o seis de aquellos señores se juntaban o se *engabillaban*, como se decía en la época, podían sacar 300 a 400 personas a la calle, dispuestas a todo. No obstante el espíritu levantisco del conquistador había ya desaparecido en el siglo XVIII, aunque no el espíritu bélico, ocurrieron demostraciones de fuerza. Por ejemplo, con los escandalosos alborotos provocados por los franciscanos en 1700, cuando convirtieron el convento en una verdadera fortaleza y dividieron al pueblo de Santiago en dos parcialidades. También ocurrió cuando se estableció el Estanco del Tabaco y en la ocasión en que un Contador Real quiso reformar el control y los impuestos de exportación de los frutos del país que se embarcaban a Lima. El gobernador Manso de Velasco fue encañonado con una pistola y ningún oidor se salvó de que lo apedrearán.

Aunque el ya mencionado barrio de La Chimba parece haber sido el que juntaba más distracciones nocturnas, no fue desde luego el único. Sobre éste hay testimonios que lo muestran como un *refugium peccatorum*; una dama pide al gobernador del Reino, en 1771, que cierre un callejón por ser "un aposentamiento de ladrones" y donde la noche amparaba amancebados. La monja Ursula Suárez, recuerda sitios eriazos al quebrarse el siglo XVII, en pleno centro de la ciudad, donde - según su inocente narrativa - a las horas del anochecer iban parejas de jóvenes a casarse. Todo esto descubre otra dimensión de la ciudad y de sus barrios. No es tan simple describir el tiempo histórico del amor que existe en toda sociedad, cuando se trata de uno cargado de culpas, de arrepentimientos y de castigos, de arrebatos que se entrecruzan con todos los otros elementos ya descritos. ¿Acaso Santiago descubre el amor urbano? En cierto modo sí, como cualquiera otra ciudad, pero en este caso tiene sus propios atributos. Uno de ellos es el peso de lo infausto que se suma, sin restarle al amor lo que tiene de eterno y feliz.

Los habitantes de Santiago pecaban pública y ocultamente, ellos lo sabían, también las autoridades, la Iglesia y la Inquisición. Las persecuciones de esta última no se referían generalmente a brotes de luteranismo u otras desviaciones de la fe, sino a blasfemias perpetradas en la vida diaria, concubinatos, comportamientos deshonestos, hablar irrespetuosamente, etc. Es que la muerte, el castigo y el sufrimiento rondaban por doquier. Una sociedad que sufría espantosas sequías o grandes inundaciones cada siete años, mortales epidemias o fuertes temblores o terremotos cada cuatro, podía ser temerosamente católica, pero también, de pronto y a modo de catarsis, rebeldemente pecadora. Los terrores colectivos que provocaban estas calamidades se desbordaban a veces por el descreimiento, los placeres y las injurias. El buen vivir, el sexo, los excesos y refinamientos podían pues alternarse fácilmente, con las más recogidas y sinceras muestras de arrepentimiento y sacrificios, expresadas en distintas formas litúrgicas.

La ciudad de Santiago en la época que relatamos, fue totalmente destruida por los terremotos de 1647 y de 1730. Estos fenómenos telúricos cambiaron - o ayudaron a cambiar - aspectos económicos y sociales, estilos arquitectónicos, costumbres y mentalidades. Los terrores colectivos que produjeron, se canalizaron en la visión sobrenatural del castigo, que tuvo muchos otros signos y manifestaciones, pero que se trataron de conjurar en diversas formas de expresiones religiosas: oraciones, advocaciones, mandas y procesiones.

Los otros signos que acompañaron a los terremotos podrían ser por sí solos objeto de un largo estudio. Los aterrados habitantes de Santiago vieron, antes, durante y después de las catástrofes, fenómenos como todo tipo de lluvias: blancas, de sangre, negras; bolas de fuego recorriendo los vericuetos de la ciudad, demonios que la abandonaban aullando rápidos como rayos malignos.

Fueron muchas las procesiones que desde entonces adquirieron renovada importancia, ya que casi todas se efectuaban desde antes de los terremotos mencionados. Las organizaban parroquias, conventos y cofradías, generalmente uniéndose para darles más brillo y magnificencia; las más famosas y populares eran las de Semana Santa. Una de estas, que pertenecía a aquella en que participaban disciplinantes, llamada *de sangre*, era la del Viernes Santo que se efectuaba de noche. Salía desde la capilla de la Vera Cruz del Convento de la Merced. Tenía caracteres fuertes que resumían de muchos modos el pasado y el presente de lo que era la ciudad. Formaban en ella sólo caballeros, encomenderos, descendientes de conquistadores; todos envueltos en túnicas negras de modo que la noche borraba sus identidades. Había muchos músicos y cantores de severas voces, aquello era de sufrir y sangrar, no de fácil regocijo. Las largas filas oscuras dejaban el suelo de las calles regadas de sangre, de vez en cuando, un caballero de negro daba de beber a un caído o rociaba un jarro de agua sobre la cabeza de otro que parecía expirar. Otros, con espada o cuchillo, cortaban algunas roquetas y cuerdas de alguna disciplina o desprendían con fuerza cinturones y amarras que contenían botones filudos y abrojos punzantes que a cada paso abrían las carnes del contrito y

aterrorizado arrepentido. Sin duda, había en todo esto algo de la sangre, de la porfía, de lo heroico y del amor que se había derrochado desde la fundación de la ciudad.